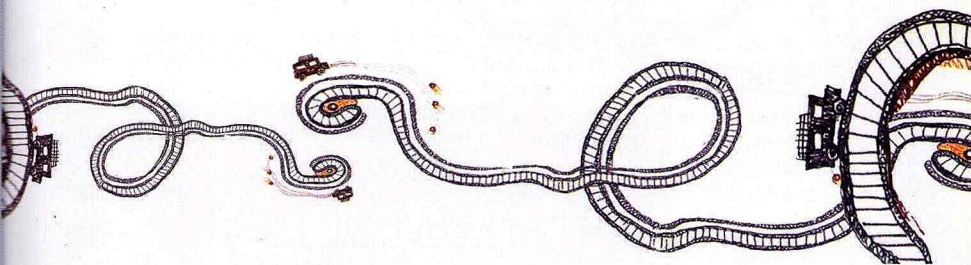


LA CASA DEL FLOJERO, ELLETA Y VERDAD

CARLOS JARAMILLO MEDINA



TIERRA DE SICADACIAS Y DE PÁJAROS

Atrás quedaron las tierras frágiles de las estribaciones de la cordillera andina ecuatoriana, del paisaje del eucalipto y del indio de la serranía; y ceden al dilatado y ondulado territorio montubio, de las sicadacias y las aves multicolores. Ciertamente, a las estribaciones de Mindo, pertenecientes al macizo de la cordillera Occidental de la provincia serrana de Pichincha, han descendido en silencio y cadenciosamente hasta llegar a La Abundancia, un macondiano paraje situado a 380 metros sobre el nivel del mar. Más abajo, a 20 kilómetros de distancia, la perspectiva se abrirá como un gigante texto verde: es la llanura de Esmeraldas, donde fluyen y confluyen los ríos Blanco, Silanchi y Caoní.

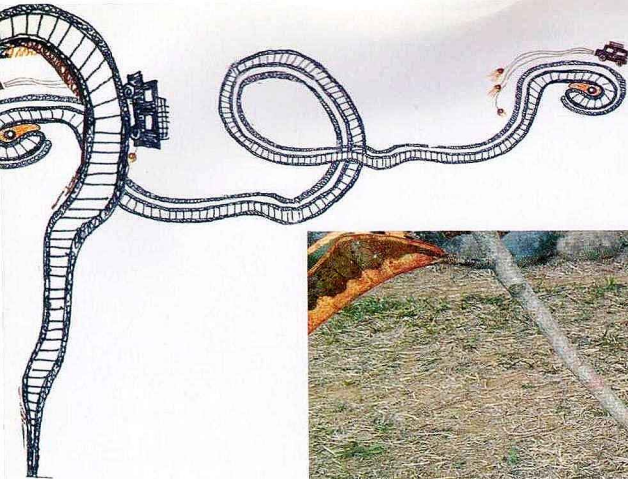
El paisaje de La Abundancia corresponde al de un piso tropical, dibujado por una ondulada topografía, sobre la que se teje intrincadamente la selva húmeda de gran estabilidad ambiental. La temperatura fluctúa entre los 23 y 30° C, y la precipitación anual alcanza hasta los 10.000 milímetros. El clima está marcadamente influenciado por la corriente cálida de El Niño. Tendida sobre un tapiz rojo

arcilloso, rico en nutrientes y altamente concentrado en la parte superior, una verde e interminable alfombra aloja las raíces de una vegetación superficial. Cualquier agresión exterior, por pequeña que parezca, deja la huella de una destrucción irreversible, porque entre el suelo y el bosque húmedo existe un delicado equilibrio.

Como astas que apuntan al cielo, los árboles madereros de laureles, guayacanes, pachacos, sapanes, colorados, fruta de pan, balsas, chontas, pambiles y vísulas, parecen lanzas de un inmenso e imaginario ejército; y las tecas en crecimiento, se asemejan a estandartes de los fantasmas del bosque.

Acompañan a este simulacro miliciano, frondosos y perfumados árboles frutales de guanábana, naranja, limón, mandarina, lima, naranja-lima, toronja, mamey, cauje, maracuyá, caimito, guaba, papaya, guineo y orito. Las plantas, en cambio, forman la espesura horizontal del paisaje. Aquí están el platanillo, la chilca, el achote, la liana, el liquen, el cacao, la caña de azúcar, el bijao, la palma, la supirosa, los dormilones, el croto, los camarones, la musanceta, el maní forrajero, la gardenia, la buganvilla, la azalea, la lengua de suegra y la cucarda.

Brilla entre todas la "cananga odorata" venida desde Sri Lanka, las islas Comora y Madagascar;



un verdadero tesoro de la farmacología botánica es la uña de gato y se presentan también escenas tormentosas, en las que el matapalo ahorca, sin misericordia, a los robustos troncos de los árboles.

La más común, pero también la más antigua de todas las plantas, es la sicadacia, cuyo nombre científico es "sica revoluta", que puebla las películas de dinosaurios, donde sus directores, para infundir los efectos vehementes necesarios, ambientan las escenas con sicadacias, especie de palma con tronco grueso y de tamaño regular muy parecido a un cacto, pero con hojas verdes y largas, similares a las de la mata de plátano. Mientras que el reino animal está poblado por zarigüeyas, raposas, murciélagos, armadillos, ardillas, puercos espín, mapaches, perros de agua, nutrias, zorrillos, guatusas, guatines, guacharacas, pavas de monte y sajinos.

Y, también, un universo de pequeños seres: mariposas, pétalos que vuelan; avispas,

aéreas niñas fajadas en su miel; luciérnagas, luz mineral intermitentemente que alumbra la cueva de la noche; grillos, de verde arquitectura deconstruida; hormigas, diminutos soldados de ejércitos trashumantes venidos del silencio; y, una variedad de arañas, "charreteras caídas del hombro del tiempo", como lo escribió un poeta.

Los moradores alados más frecuentes del paraje son el hornero, la garza, el gallito de pantano, la gaviota, el momoto, el carpintero, el toro, el brujo, el mosquetero, el tordo, el azulejo, la torcaza, el dios te dé, el colibrí, la torcaza y el perico.

ARQUITECTURA NATURAL PARA ALUMBRAR Y DESLUMBRAR

Nuestro propósito no es descubrir los nidos físicos encontrados en la naturaleza, labor reservada solo a los ornitólogos. Se trata más bien de hallar lo que nos alumbra y deslumbra: un álbum de nidos; un deslumbramiento que significará, emulando al filósofo de la fenomenología, descubrir las esencialidades que yacen ocultas, detrás de estas delicadas apariencias, comprender sus lecciones, con la vanidosa pretensión de emularlas en la mundana arquitectura que realizamos los humanos.

La ubicación de todo nido está a buen resguardo de los hombres y animales como del viento y la lluvia.

**Es un árbol, su contexto sagrado,
en este árbol el ave revolotea con
elegancia, entra y sale gorjeando
las madrugadas, inaugurando un
universo sonoro.**

Sabiamente acoplado, los pájaros hallan en el nido un escondite singular para su ser emplumado, que de esta manera, se convierten en dichosos refugiados contra (¿de?) sí mismos, retirándose de la vida libre para ocultarse, acurrucarse y danzar en movimientos de repliegue.

No cabe la menor duda: un árbol con nido es pertenencia indiscutible de un solo dueño y nadie, sin su expreso consentimiento, puede entrar en este lugar con ningún propósito, menos para interrumpir su paz.

Las jurisdicciones aladas más comunes que se han visto en el recinto de La Abundancia son: la guaba o el pachaco del hornero, el guayacán del carpintero, el mamey del tordo, el sapán de la torcaza, la guadúa del perico, el croto del colibrí....

De entre todos los nidos, hay uno que sorprende

y despierta singular interés por su fina y extraña hermosura: el de un pequeño pájaro rojizo llamado “hornero”, cuyo hábito reproductivo le permite construir el nido en forma de bóveda u horno de pan. ¿Por qué? ¿Es un habitáculo de condiciones geofísicas perfectas, más que los comunes nidos, para garantizar la reproducción del pájaro más débil del cielo?

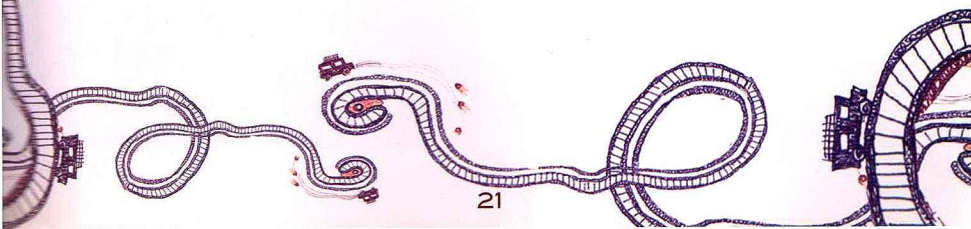
De entre todas las aves, sólo él posee una magia capaz de trazar tan maravillosa y esotérica geometría; del mismo modo que en la Historia de la Arquitectura, sólo el alarife medieval tuvo el secreto para construir las catedrales góticas.

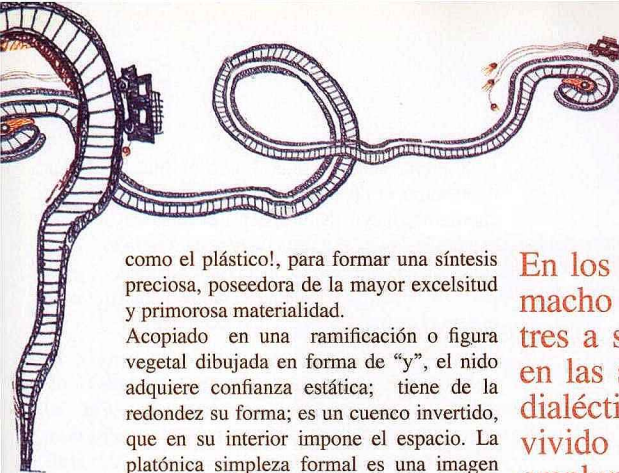
El hornero para construir su obra perfecta —y no se puede explicar de otra manera—, se convierte en intérprete hermenéutico de unos planos llamados “Cómo hacer Pájaros Horneros”, que la naturaleza diseñó mucho antes de la invención del hombre y, luego, transformado en febril obrero, lleva a la práctica aquellas instrucciones genéticas discretas contenidas en la receta alada para crear la casa y después la vida.

¿Cuántos viajes fueron necesarios para construir el nido? ¿Cuántos kilómetros recorrió en su vuelo? ¿Cuánto material acarreo en su pico?

Construye la pareja durante los meses veraniegos de julio a octubre; anida alternativamente entre noviembre y enero, y, en invierno, el hogar perece cuando ha sido abandonado, debido a las copiosas lluvias caídas desde febrero hasta mayo. Si ha resistido a las inclemencias del tiempo, la pareja reciclará el nido o será apropiado por otras especies intrusas. El ciclo reproductivo iniciará el siguiente año y se repetirá ordenadamente ¿Hasta cuándo? Ah, el tiempo, las estaciones, los ciclos, marcándolo todo, también la vida de las especies aladas, indolentes, por lo demás, a sus artilugios.

Los materiales, recogidos con el pico del sitio vecino, poseen las cualidades para alcanzar resistencia, funcionalidad y calidez interior. Ha mezclado lodo, saliva, briznas de hierba, ¡y hasta materiales artificiales





como el plástico!, para formar una síntesis preciosa, poseedora de la mayor excelsitud y primorosa materialidad.

Acopiado en una ramificación o figura vegetal dibujada en forma de "y", el nido adquiere confianza estática; tiene de la redondez su forma; es un cuenco invertido, que en su interior impone el espacio. La platónica simpleza formal es una imagen evocadora y, en ella, se miran todas sus resonancias estéticas y estáticas. ¡Pesa cuatro kilos y es capaz de soportar un peso de hasta cien!

Resonancias o prolongaciones cualitativas, producidas por un arquetipo espacial constituido apenas por un mini domo terráqueo, un "*domus avium*", que canta y deja escuchar detrás de su simple apariencia su fundamento y sentido.

Forma pura, volumen ideal, cuerpo de materia feliz, imagen inolvidable, igualdad que se verifica siempre, obra perfecta creada para satisfacer la necesidad reproductiva de su arquitecto constructor.

La olla tiene una dimensión de veinte centímetros de diámetro con un espesor de dos, formada por dos espacios separados sutilmente por un tabique curvo: el vestíbulo pequeño y de forma ojival, orientado al Este, deja al sol acariciar con sus rayos matinales el lecho interior; y la cámara oculta de cría cerrada en espiral, el verdadero nido, tapizado con plumas y hojas.

¡Qué confortable espacio tan tibio parecido a un caracol, creado, aprovechando las bondades térmicas del barro, para habitar, empollar y amar!

En los meses más frescos, el macho también empolla de tres a seis huevos blancos y, en las semanas siguientes, la dialéctica del amor intenso, vivido por la pareja de emplumados, ha creado un tierno nido. ¡Los polluelos, pequeños e indefensos moradores de fea apariencia semejante a la de diminutos dinosaurios, han traído un gozo placentero e indescriptible al nido! Esta arquitectura natural ha sido hecha para deslumbrar y brindar amorosas lecciones.





¿Construiría el pájaro hornero el nido si no tuviera confianza en el mundo? ¿Si no existiera una mística unión con el dios de los cielos, para alcanzar la belleza y la verdad?

